








LOS CAMINOS DEL AIRE



María Blanco

LOS CAMINOS DEL AIRE





Primera edición: octubre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Blanco

ISBN: 978-84-16824-66-3

ISBN digital: 978-84-16824-67-0

Depósito legal: M-26507-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A mi nieta Jana Farrera Linacero.
A mi abijada Homeyra Sanz Vera.*

*A mi Padre, que estoy segura me mira con buenos ojos a través
del océano del cielo, dedico esta novela.*



«Mira de frente hija, la mirada alta, el cuerpo recto y la frente despejada», siempre me decía. «Que nadie apague tus ojos ni te haga bajar la vista. No cedas si no te convencen. Revélate si no estás de acuerdo. Mantén siempre tus convicciones si crees que son correctas y si tus pensamientos son singulares no por ser únicos son erróneos. No cambies si el cambio no es justo. Escucha y respeta a los demás, pero vive siempre de acuerdo con tu conciencia. Sigue las normas de esta casa aunque a veces no las comprendas, pues el cumplirlas te hará persona recta. Entonces serás fuerte, podrás llevar a cabo tus ideas y aunque la vida te golpee, te equivoques o te pierdas, si siempre miras de frente, si tu mirada se mantiene limpia y fresca, no temas nada hija mía, no te alejarás de la senda recta».

Mi padre era pastor, no de hombres, de ovejas. No sabía leer ni escribir, pero conocía las estrellas. Mirándolas sabía la hora. Si el invierno sería crudo o la primavera seca; si tendría buenos pastos, o escasa la cosecha. No era veterinario, pero entendía de hierbas. Cuando tenían un mal parto, se le rompía una pata o la leche no era buena, siempre curaba a sus ovejas.

Además del amor que siento por el campo y entender un poco de ovejas, mi padre me enseñó más que en ninguna escuela. Me enseñó a mirar el cielo y el nombre de alguna estrella. A conocer las plantas. A segar heno y a recoger hierba. A luchar por lo que creía justo. A mirar de frente. A ser dura y tierna. A sentir las soledades como una escuela. A iluminar mis pensamientos. A sentarnos todos a la mesa. A decir buenos días. A dejar la puerta abierta.



*Nunca fuiste tan tierno
en mis mejillas
ni tu aliento tan cálido
al besarme.*

*Hoy he sentido tu abrazo
diferente
liberando a mi cuerpo
del cansancio.*

*Suave y dulce fuiste
al penetrarme
bajo el cielo eterno
de la noche.*

*Tu corazón y el mío
fueron uno
al sentir tu abrazo
Aire....*



*Dame sabiduría para encontrar el camino.
Conocimiento para recorrerlo.
Voluntad para que nada me aleje de él.
Osadía para que encuentre lo que encuentre seguir adelante.
Luz para ver el lado oscuro de mi alma.
Silencio para no desvelar lo que no deba ser desvelado.
Y fuerza para llegar caminando hasta el final.*



1

Hacía un par de meses que había escuchado comentar en el bar del pueblo, que la Casa de la Fuente Verde estaba de nuevo habitada, pero no le presté demasiada atención. Aquella casa llevaba muchos años deshabitada y aunque era vieja, su estructura era fuerte y el entorno donde estaba ubicada era solitario y de gran belleza; no era nada extraño que alguien se hubiera interesado por ella. Deduje que alguna familia, de las tantas que huyen de las ciudades los fines de semana, la habría comprado y me olvidé del tema.

Poco después descubrí que la Casa de la Fuente Verde, la había comprado una mujer solitaria. Me llamó la atención que una mujer viviera sola en medio del bosque. La curiosidad, típica en todos los seres humanos y mi corazón de periodista comenzaron a trabajar rápido.

Muy discreto, como quien apenas está interesado por el asunto, sonsaqué a unos y pregunté a otros, pero nadie sabía darme una respuesta concreta sobre esa mujer. Lo único que sabían era que le gustaba la soledad, pues llevaba seis meses viviendo en aquella casa y no se había dignado a acercarse al pueblo ni tan siquiera para ir a misa los domingos; algo que acentuó aún más la idea de extraña y solitaria que en el pueblo se iban forjando de ella.

No fue que la tildaran de extraña y solitaria lo que me llamó la atención; yo también recibía los mismos calificativos por ser un periodista de cuarenta años que todavía no tenía mujer e hijos; había abandonado una gran ciudad para vivir en un pueblo y escribía en un pequeño periódico provinciano. Lo que en verdad me intrigaba era qué rebeldía o locura, había llevado a esta mujer hasta la Casa de la Fuente Verde y hasta cuándo sería capaz de vivir en soledad.

Durante un par de semanas pensé la forma de hablar con ella, pero no encontraba el modo de iniciar ese acercamiento. Decidí que lo mejor

sería pasear por el camino que pasa a pocos metros de su casa. Este hecho no levantaría sospechas ni en ella, ni en el pueblo, pues es un camino por el que paseamos con frecuencia muchos vecinos.

Comencé paseando los sábados y los domingos después de comer. No tuve la fortuna de encontrarla. Añadí algún día entre semana y varié el horario. Tampoco hubo suerte. En alguna ocasión pude verla en el jardín, pero siempre ocurría algo que la hacía entrar en la casa o alejarse al fondo de la finca, donde lo único que veía era su figura y nada más.

A principios de primavera pude comprobar el resultado de las andanzas de aquella mujer solitaria: su jardín se llenó de bonitas primulas, vistosos y delicados narcisos y tulipanes de múltiples colores, pero yo seguía sin cruzarme con ella cuando paseaba por el camino y tampoco pude sorprenderle en el jardín lo suficiente cerca como para decirle un simple hola.

Pasaron un par de meses y el deseo de hablar con esta mujer se estaba convirtiendo en una obsesión, pero a la vez, una cobardía se apoderaba de mí, impidiéndome acercarme a su puerta, llamar a ella y decirle: hola, me llamo Jaran, vivo en el pueblo y si en algún momento me necesitas, puedes contar conmigo. ¡Pero era incapaz de hacerlo! A mis cuarenta años, con más de una relación a mis espaldas y con una profesión como la de periodista, en la que son requisitos necesarios la audacia y la falta de reparos en entrar hasta la cocina, la alcoba y hasta el mismo corazón de las personas con tal de conseguir la información que buscamos, era incapaz de acercarme a esta mujer.

Una tarde de Junio, mientras recorría el repetido itinerario buscando una oportunidad para acercarme a ella, apareció de repente en el camino. Cuando me quise dar cuenta la tenía de frente. Estaba tan cerca que hubiera podido abrazarla, sin embargo, solo dije.

—¡Hola!

Ella respondió con una leve inclinación de cabeza diciendo:

—¡Hasta luego!

Seguí caminando. Mi corazón se aceleró. Sentí una fuerza que me inquietó. ¿Qué tenía esta mujer que me había desestabilizado solo con dos palabras?

Auestas andaba yo con esta agitación, cuando me di cuenta que ella debía regresar de nuevo a su casa y yo al pueblo. Volveríamos de nuevo a cruzarnos en el camino.

«Esta es mi oportunidad. No me cogerá desprevenido», me dije.

Di la vuelta. Aligeré el paso para llegar a la parte más alta del camino antes que ella lo hiciera. Fue ella quien apareció de nuevo y antes de que pudiera decir media palabra dijo:

—Me parece que tú y yo vamos a encontrarnos más de una vez en este camino.

Sonreí como un estúpido. Levanté el brazo a modo de saludo y dije:

—¡Hasta luego!

De nuevo había vuelto a suceder: ¡me había quedado idiotizado! Con cualquier otra persona me hubiese parado. Le habría preguntado qué tal estaba y hasta le hubiera comentado algo sobre la belleza de la tarde con tal de hablar un rato, pero con ella me quedé obnubilado y las palabras fueron incapaces de articularse en mi garganta.

Durante el verano no tuve la fortuna de encontrarla paseando, aunque he de confesar que recorrí aquel camino a todas las horas del día y en alguna ocasión hasta bien entrada la noche, pero la vida, más sabia que nosotros, no estimaba que fuera el momento oportuno para hablar con ella.

Pasó todo un largo año y en el pueblo estaban como al principio: apenas sabían nada de la mujer «extraña y solitaria» que habitaba en la Casa de la Fuente Verde. Era cierto que algunos vecinos habían hablado con ella cuando la encontraban paseando por el camino que conduce al pueblo o en el sendero que lleva hasta la fuente, pero las conversaciones que mantenían eran triviales. En ellas solo hablaban del tiempo, de la belleza del bosque y de poca cosa más.

Todos los vecinos que habían hablado con ella, coincidían en que esta mujer no tenía nada de extraña, incluso les había ofrecido su ayuda si en algún momento la necesitaban, pero también era cierto que ninguno se adentró más allá del borde del camino que pasa junto a la finca. La saludaban, eso sí, cuando la veían trabajando o leyendo en el jardín, pero ninguno se acercó y entró en la finca a hablar con ella como lo hubiesen hecho con cualquier otro vecino.

No obraba yo de forma distinta al resto del pueblo. Muchas veces la vi en el jardín y la saludé desde el camino, pero nunca tuve la valentía de acercarme. Sin embargo, esta mujer estaba todo el día en mi pensamiento.

Algo en ella no era normal a pesar de la aparente normalidad que se iba ganando en el pueblo. Ya no era su soledad lo que me intrigaba, ahora era la sospecha de que algo turbio y oscuro se escondía tras ella.

Era una mujer todavía joven. Yo le calculaba cuarenta años más o menos. En plena edad laboral, aunque en apariencia no trabajaba en nada. Pensé que podría hacerlo a través de ordenador, pero no sé por qué deseché la idea. O tal vez fuese una mujer con fortuna pues su ropa era de buena calidad; vestía siempre tejidos nobles: lana, algodón, lino y seda; sus zapatos eran de una magnífica piel y su coche, casi nuevo, valía sus buenos kilos. Sin duda no era una mujer que estuviese pasando apuros económicos. Pero aunque así fuera, aunque tuviese el suficiente dinero para vivir sin trabajar el resto de su vida, ¿qué demonios hacía allí viviendo sola? ¿Por qué había elegido un lugar tan apartado? ¿Y su familia? Porque como el resto de los mortales, debía tener familia y era extraño que ni siquiera en Navidad recibiera la visita de amigos, parientes o conocidos. No, tras esta mujer se escondía alguna historia fantástica o tenebrosa y el periodista que caminaba junto a mí no iba a quedarse sin conocerla.

Durante un par de meses, sin que ella se diera cuenta —o al menos eso pensé yo—, observé todos sus movimientos y pude comprobar que no tenía nada de extraña, aunque sí algún matiz que la hacía diferente a los demás. No obstante, si nos observasen a todos como yo la observaba a ella, quizá también tendríamos matices que resaltarán las diferencias.

El hecho de no hallar nada extraño ni oscuro en ella no mermó mi interés y seguí dándole vueltas a mi cabeza. Algo, a pesar de esa normalidad comprobada, se me escapaba y era incapaz de sacar de mi cabeza a esta ya no tan extraña mujer.

Decidí que lo más fácil, era hacerle una entrevista. Ella era una mujer que vivía de una forma poco corriente, esto podía ser motivo para un buen artículo en el periódico. No lo pensé dos veces y a la mañana siguiente a las doce del mediodía de un candente Julio, llegué dando un paseo hasta la finca. La casualidad fue mi aliada: se encontraba en el jardín. Estaba leyendo un libro y tomando apuntes. Me acerqué a la entrada y le dije:

- ¡Hola, buenos días!
—¡Hola, buenos días! —contestó.
—¿Puedo hablar contigo?
—Desde luego, pasa por favor.

Se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia mí. Llevaba un vestido de hilo verde musgo que le llegaba hasta el tobillo. El tirante estrecho dejaba al descubierto unos hombros altos y torneados; el escote, sin ser excesivo, marcaba un busto abundante y el diseño del talle, un poco ajustado, le hacía un cuerpo esbelto.

«No está nada mal esta mujer», pensé.

A mitad de camino de la entrada y la mesa del jardín nos dimos la mano.

—Mi nombre es Jaran y deseo hacerte una proposición.

—Me llaman Ajari y si tu proposición no es indecente puedes darla por aceptada.

- ¿Qué es para ti algo indecente?
—Mentir, robar, matar, injuriar, eso es indecente.
—¿Acostarme contigo no es una proposición indecente?
—No, eso sería una proposición osada, pero gratificante.

Nos echamos a reír. Lo cierto es que sí había sido un poco osado. Me alegró que ella entrara al capote con tanta gracia.

- Siéntate, por favor, ¿te apetece un poco de té frío con limón?
—Sí, por favor.

Entró en la casa y apareció al instante con dos jarras de fina porcelana y un termo con té frío.

—Perdona la broma. Es de otra índole mi proposición. No hay muchas mujeres que se atrevan a vivir solas en el bosque y el periódico para el que trabajo estima que sería interesante hacerte una entrevista.

—Tú has podido comprobar que mi vida en el bosque no tiene nada de interesante. Conoces mis pasos a la perfección y excepto lo que hago en el interior de la vivienda, el resto lo conoces tan bien como yo. Creo que tienes elementos suficientes para elaborar el artículo sin hacerme ni una sola pregunta.

Durante unos segundos nuestros ojos se detuvieron: los míos en los de ella, los de ella en los míos. Su respuesta no fue de reproche, era tan solo de verdad, de honradez. Me estaba diciendo lo que pensaba, pero

sin acritud, sin doblez. Esa actitud fue lo que me llegó al alma. Fue en ese instante cuando estoy seguro que comenzó todo.

—Tienes razón, negarlo sería absurdo. Llevas viviendo más de un año en esta casa y sabes de sobra que tu soledad no pasa desapercibida ni para los vecinos, ni para mí. Y es cierto, en los últimos meses te he observado, bueno, si quieres ponerlo en su punto más crudo, te he espiado. Conozco todo lo que haces fuera de tu casa, sea la hora que sea, pero eso no es suficiente para la entrevista. Sé lo que haces, pero no sé quién eres. Ni por qué haces lo que haces, o por qué vives sola y a pesar de ello tu alma no está triste, ni tus ojos tienen el latón opaco de la soledad. A todas esas preguntas solo puedes responderlas tú.

—¡Eres un chico osado!

—No soy osado. Durante más de un año no he tenido la valentía de acercarme a ti. Sin el pretexto de la entrevista podía haber pasado otro año más, o quizá el resto de la vida y jamás me hubiese atrevido a cruzar la puerta de tu jardín.

—Jaran, la Vida es más sabia que nosotros; nos hace ir donde debemos solo cuando es el momento propicio. Hoy debe ser un día propicio para ti, por eso has venido. Pregunta cuanto desees: lo que pueda ser contestado recibirá respuesta, lo que no sea así, tendrás que averiguarlo donde proceda.

La miré de nuevo a los ojos. Me di cuenta que esta entrevista sería distinta a todas cuantas había hecho. Distinta de cuantas hiciese en mi vida.

—Dijiste que te llaman Ajari. Deduzco que tu verdadero nombre es otro.

—Deduces bien.

—¿Puedo conocer tu autentico nombre?

—No, mi nombre es Ajari mientras viva en esta casa... en este bosque.

—¿Qué significado tiene el nombre de Ajari?

—Tendrás que averiguarlo tú.

—¿Por qué vives sola en el bosque?

—Vivo en el bosque, pero, ¿crees de verdad que vivo sola?

—¿Qué te trajo hasta aquí?

—La vida y la casa.

—¿La casa es de tu propiedad?

—Sí.

—¿Tienes familia?

—¿Qué es la familia? ¿A quién definirías tú como familia? ¿A quién te amamantó, te maltrató, te abandonó? ¿A quien sirvió de ejemplo tal, que te hundió en la miseria del desamor? ¿A quién te engendró, parió como lo hace la más vil de las bestias y luego se permitió la soberbia de pedir intereses y obligaciones? ¿A quien te educó y puso el brillo en tus ojos sin ser nada de lo suyo? ¿A qué familia te refieres?

—Si me disparas con una artillería tan pesada voy a pedir la rendición casi antes de comenzar el combate. ¡Por favor! ¿Puedo fumar un cigarrillo?

—Puedes fumar los que te apetezca. Perdona si no está siendo una entrevista fácil. Intentaré ser breve en mis respuestas.

Abrí la cajetilla de tabaco despacio. Intentando ganar tiempo y recuperar la posición de periodista inteligente y agudo. Encendí el cigarrillo. Aspiré hondo el humo, como si en ello me fuera algo más que el pequeño tiempo muerto que necesitaba. La miré de frente e intenté ver más allá de la pantalla turmalina de sus ojos, pero no vi nada más que una brillante mirada tras la que estaba seguro se escondía el alma de esta mujer, que ahora volvía a parecerme extraña y solitaria. Por fin, tras la pausa providencial del encendido del cigarrillo, volví de nuevo a la entrevista.

—Ajari, no es brevedad lo que deseo en tus respuestas. Solo deseo que respondas respuestas normales a las sencillas preguntas que te he formulado.

Me miró, sonrió y dijo:

—Me temo que si mis respuestas no te agradan, no será por ellas en sí mismas, sino porque tú te habías hecho una idea de mí. A esa idea ya le habías realizado las preguntas y tú mismo le habías adjudicado las respuestas. Ahora, al entrevistar al original, las repuestas no son las que esperabas. Eso está rompiendo tus esquemas. Dime, ¿qué deseas de mí?

—Hacerte una entrevista y. . .

—Pues haz la entrevista y el. . . déjalo para otro día.

—De acuerdo, ¿estás casada o tienes hijos?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Te gusta la música?

—Me apasiona, como también lo hace la arquitectura, la pintura y toda aquella actividad en la que el arte cobra vida.

—¿Qué deportes te gustan además del tiro con arco, el cual he podido comprobar que ejecutas con maestría?

—Los deportes, como práctica competitiva, no me atraen. La competitividad no es de mi agrado; sí lo es en cambio, la superación, la creatividad, el desarrollo. Caminar para dar los pasos más rápidos o resistir más metros que el contrincante no tiene ningún valor. Sí lo tiene el aprender y el practicar el buen caminar. Para mí el tiro con arco no es un deporte sino un arte. Para poderlo ejecutar con belleza, el tirador debe convertirse en arco y flecha, cuerda y diana. Cuando eso sucede, algo cambia para siempre en el alma del tirador. Es entonces cuando el arte, ese lenguaje tan raro y ocasional del espíritu, se adueña del tirador.

—¿Fuiste tiradora con arco?

—No, estoy dando mis primeros pasos en ese arte.

—¿A qué te dedicabas y dónde vivías hasta que llegaste aquí?

—Hacía lo mismo que aquí: vivir.

—Seré más concreto, ¿cómo te ganabas la vida?

—Trabajando.

—¿Cuál era tu trabajo?

Por un momento, la frialdad y serenidad que Ajari derrochaba pareció tener alguna grieta, cosa que me alegró, pero solo fue un leve instante. De nuevo volvió esa cabeza fría que parecía protegerla de cualquier sentimentalismo y dijo:

—Mi trabajo era aprender.

—A nadie le pagan por aprender.

—A mí sí.

—Pues eres afortunada. A los demás solo nos pagan por trabajar y no muy bien por cierto.

—¿Estás seguro? Si no me equivoco a ti te van a pagar por hacer esta entrevista.

Esbocé una sonrisa. Reajusté mi espalda en la silla donde me encontraba sentado, buscando quizá, la postura más cómoda que me permitiera protegerme de los dardos que esta mujer podía lanzarme en cualquier momento.

—¿Por qué elegiste esta casa y este pueblo para vivir?

—Me gustó el lugar. La casa fue un regalo.

—¿Te regalaron esta casa?

—Sí.

—Los regalos casi siempre son la moneda con la que se pagan los favores recibidos. Muy grande debió ser el favor que hiciste para recibir un regalo de esa envergadura.

—Los regalos nunca son una moneda de cambio, de serlo no serían un regalo, sino un trueque. Un regalo es una de tantas formas de lenguaje no verbal; por lo general suelen decir: gracias por tenerte ahí. Por conocerte. Por regalarme tu sonrisa. Por ser como eres. Por el brillo de tus ojos y... tantas otras cosas. Pero ya veo que no es ese el concepto que tú tienes de un regalo, quizá en tu vida siempre te pagaron y nunca te regalaron.

—¡Te gusta dar en el blanco cuando lanzas la daga!

—No, solo devuelvo la que tú me lanzas.

—Tienes razón, yo he sido quien ha atacado. No debería sorprenderme que te defiendas. Dame otra oportunidad. Déjame reconducir esta entrevista que se me está escapando de las manos como al más principiante de los periodistas.

—No te culpes. No soy una entrevista fácil. Además, los periodistas casi siempre jugáis con ventaja porque antes de hacer la entrevista, soléis informaros de todo tipo de detalles de la vida y obra de quien vais a entrevistar y en este caso, no conoces nada de mí; esto hace que la entrevista no se ajuste a ningún patrón tipo, por lo cual, quizá carezca de la lógica y el ritmo adecuado. Si es tu deseo, puedes seguir haciéndome preguntas, luego, cuando tengas que confeccionar el artículo, ya las ordenarás de manera lógica y adecuada. Aunque sigo opinando que mi vida no tiene nada de extraordinaria para que merezca un artículo en un periódico.

—Gracias por ser, pese a todo, tan amable. Hoy no debo tener un día muy inspirado aunque sea propicio. En cuanto a que tu vida no tiene nada de extraordinario, discrepo. No conozco a ninguna otra mujer que viva sola en medio del bosque.

—Quizá sea porque conoces pocos bosques y tienes un concepto erróneo de la soledad. Hay demasiados hombres y mujeres que sienten la agonía de la soledad estando en compañía.

—Sí, pero eso no es vivir en soledad: eso es sentirse solo. Vivir alejada del mundo, sin más compañía que los pocos hola y hasta luego que algunos vecinos del pueblo te regalan cuando pasean por el camino, debe ser muy difícil.

—No lo es. Valen más los hola y hasta luego de los vecinos del camino que las tertulias, halagos, aplausos y elogios de conveniencia e interés de la muchedumbre.

—Puedo compartir esa opinión, pero no tienes a nadie a quien decirle que te duele el alma.

—A todos, sin excepción, nos duele alguna vez el alma y casi nunca tenemos a quien decírselo.

—¿Qué harás el día que la enfermedad se acerque a visitarte?

—La enfermedad es una visita siempre inoportuna. Cuando venga a visitarme procuraré que su estancia sea breve y sin secuelas.

—Me pregunto qué longitud tiene la noche cuando se vive sola en el bosque.

—La Noche tiene la longitud de tu alma cuando la vives sola, cuando la vives en la compañía inadecuada puede ser interminable.

—No soy capaz de comprender por qué vives oculta entre los árboles de tu jardín.

—No es lo mismo vivir oculta que ocultarse.

—¿Qué transgresión, castigo o maldición te obliga a ocultarte?

Me miró de una forma extraña. Tan extraña que no pude mantener el brillo lejano y profundo que emanaba de sus ojos. Su voz, ya de por sí cargada de fuerza, se endureció y con una calma que rayó lo inhumano dijo:

—Esta es la última pregunta de la entrevista. Con su respuesta debes tener argumentos necesarios no solo para escribir tu artículo, sino también para saber lo que te interesa. Te has acercado al blanco: es una calumnia, un castigo y un anatema quien me obliga a ocultarme y a vivir en soledad.

—¡Por favor! Permíteme una última pregunta. Será la última, ¡te lo prometo!

Ajari esbozó una sonrisa, movió la cabeza y dijo:

—De acuerdo y más te vale que sea con corazón.

Si he de ser sincero deseaba no una pregunta, sino todo un rosario completo, pero algo me dijo que esta mujer era inamovible en sus decisiones y le formulé la primera que vino a mi mente.

—¿A qué Dios diriges tus plegarias?

—Al Dios de todos.

La respuesta me descolocó por completo. No sé por qué extraña razón esperaba que me dijera que era budista, sufí, agnóstica o que pertenecía a alguna rara secta.

Ella se dio cuenta de mi turbación, pero no dijo nada y se mantuvo impassible con su mirada puesta en mis ojos. Desvié la vista hasta el es-
pigado cedro azul que adornaba su jardín. Su gallardía me tranquilizó; solo entonces dije:

—Tienes una forma extraña de mirar la vida.

—La vida tiene tantas miradas como ojos la miran.

Ahora fui yo quien la miró a los ojos. «La vida tiene tantas miradas como ojos la miran».

¡Qué inmensidad se encerraba en tan pocas palabras! Esta metáfora manifestaba una idea infinita del ser humano. ¿Cómo podía parecer tan fría y distante y decir palabras con tanta hondura? Fue esa frialdad la que cortó el tren de mis pensamientos. Sin apartar sus ojos de los míos dije:

—Creo que debemos dar por terminada esta entrevista.

—Esta sí, pero me gustaría tener la oportunidad de hacerte alguna otra. Prometo ser más agudo y brillante en mis preguntas.

—No habrá más entrevistas, Jaran. No tengo más que contar por muy brillantes que fueran tus preguntas. Soy una mujer que vive en soledad y camina por la vida en silencio, protegida por el anonimato. No deseo ser conocida, visitada y mucho menos entrevistada. He accedido a responder a tus preguntas por mera cortesía de vecina. Con una vez, es suficiente.

No me gustaron sus palabras, no tanto por la dureza que encerraban, como por cortarme de raíz la excusa de volver de nuevo a hablar con ella. Contrariado, pero aceptando la situación, le di las gracias por haber sido tan amable y le ofrecí mi ayuda si en algún momento la necesitaba.

Me acompañó hasta el borde del camino. Sin saber por qué, en vez de decirle un correcto adiós le dije:

—¿Qué se esconde detrás de ese corazón amargo?

—No creo que tú tengas agallas para averiguarlo.

No dije nada. Levanté la mano a modo de adiós y deseé que en ese momento se me tragase la tierra.

Era cierto que esta mujer había contestado a mis preguntas con frialdad. Con cierta retórica, pero ¿qué esperaba? Sí, sabía lo que esperaba: yo era un hombre joven, de buen ver y estaba seguro que con cuatro preguntas un poco inteligentes, esta mujer quedaría rendida a mis pies. Pero no fui inteligente y la agudeza se alejó de mí ese mediodía. No fui capaz de embaucarla y sintiéndome vencido, me permití la licencia de hacer algún comentario de ácida doblez.

Caminé despacio los apenas tres kilómetros que separan su casa del pueblo. Estaba irritado conmigo, pero también con ella. Me jodía que no sintiera ningún interés por mí.

Llegué a casa y me encerré en mi estudio. Durante varias horas lo único que hice fue hacerme mil preguntas. Repasé una y otra vez la entrevista y descubrí que había dicho más de lo que parecía. Ajari tenía un lenguaje de varios niveles de interpretación: no siempre decía lo que parecía decir y otras decía lo que no decía.

«La noche tiene la longitud de tu alma cuando la vives sola». Dios mío, cuando dijo esas palabras parecía no decir nada y encierran una gran verdad. ¿Qué calumnia, qué injusta venganza y qué anatema podían tener alejada del mundo a esta mujer?

Plantearme estas preguntas me hundía en la miseria. Con mi estúpida pregunta del final lo había estropeado todo. Esta mujer jamás se prestaría a hablar conmigo de nuevo y podía darme por satisfecho si no me negaba el saludo. Imaginé mil excusas para volver a visitarla: pedirle disculpas, invitarla a cenar, o regalarle flores; todas ellas podían ser efectivas con cualquier mujer, pero no con una mujer extraña y solitaria como ésta. Estaba seguro que nada de lo convencional me sería útil.

No recuerdo cuánto tiempo estuve dándole vueltas a mi cabeza, ni cuantas veces repasé, palabra por palabra, la entrevista. No obstante, recuerdo a pesar de los años, el grito que lancé a la imberbe noche de ese maduro verano, cuando interpreté el verdadero significado de su dura respuesta a mi última pregunta.

«No creo que tú tengas agallas para averiguarlo» —me había dicho.

Con esa respuesta me estaba retando a averiguar más sobre ella: no solo no me cerraba la puerta de su jardín, sino que me autorizaba a des-

cubrir qué calumnia, venganza o anatema le habían llevado hasta la Casa de la Fuente Verde.

No publiqué la entrevista en el periódico, pero me juré que llegaría hasta el fondo de su vida y fuese lo que fuese lo que encontrara, sería lo suficiente bueno como para proporcionarme un magnífico artículo en el periódico.

